

# El triunfo del comunismo

Antonio Navalón

*Un fantasma recorre el mundo: el fantasma del comunismo. Muchos años después de la caída del muro de Berlín y de la aparente derrota final del comunismo, éste parece revivir, como el ave fénix, en países como China, Corea del Norte o Vietnam. Antonio Navalón nos explica en este brillante texto cómo la fusión impensable de dos formas de organización económica en apariencia excluyentes —el capitalismo y el comunismo— ha creado en esos países potencias económicas que parecen poner de cabeza los modelos de producción actuales.*

La noche del 9 de noviembre de 1989, cuando el muro de Berlín cayó, el mundo desarrollado, civilizado y democrático festejó que 290 millones de personas hubieran encontrado la libertad, en aquel momento olvidamos que esos millones se quedaron —en menos de un día—, sin sueños y sin esperanzas, su vida perdió sentido...

Con la celebración del triunfo del capitalismo, comenzó su debacle, presentada gradualmente en la vorágine de consumo y codicia que desde entonces domina la escena internacional.

Cuando George Bush padre anunció la caída del comunismo advirtió que “el reino de la ley y no la ley de la jungla” gobernaría la conducta de los pueblos.

Hace veinte años pocos podían imaginar que la caída del *mundo de la vergüenza* vendría aparejada con el triunfo del sistema comunista, en una ecuación que combina la necesidad capitalista de ampliar su mercado con la abundante oferta de mano de obra barata.

Contrario a las predicciones, el libre mercado estaba lejos de resolver los dilemas cotidianos de los ciudadanos

del Este; su industria era obsoleta, estaban mal capacitados y no contaban con la tecnología necesaria para producir y competir con el resto de los países.

Lo único que tenían eran sus manos y la capacidad de tolerancia ante un régimen que era diferente pero en donde todo estaría peor sin el más absoluto respeto a sus derechos; el modelo que presuntamente había caído es el que hoy nos maravilla con sus enormes edificios y un crecimiento industrial desbordante.

Aquella noche de noviembre, entre los escombros, quedó sepultado Occidente. Tras la llegada de Gorbachev y la implantación de la Perestroika, que abrió los ojos comunistas al consumo desenfrenado —resulta hasta ridículo—, que nadie haya pensado en ese momento que esto, aunado al vacío del poder, resultaría en una combinación letal para Estados Unidos y por lo tanto para el resto de Occidente.

El mundo se desarrolló bajo la dinámica de bipolaridad entre comunismo y democracia, que se ha resuelto con ventaja para la segunda. La democracia no triunfó de

manera clara como alguna vez celebró Fuyukama y, en su afán por implantar regímenes democráticos, ha promovido la floración de las nuevas instituciones exitosas económicamente pero totalitarias.

Occidente no dio a los países del Este europeo las herramientas necesarias para enfrentar al mercado.

Fallamos en la construcción de un mundo posible, contrario a lo sucedido al final de la Segunda Guerra Mundial cuando la paranoia contra Japón y Alemania produjeron operaciones de cauterización social para reconstruir los países en una dinámica que los alejara del odio ciego.

En 1945 Douglas Mac Arthur, el militar más condecorado en la historia de Estados Unidos, comandó la invasión a Japón y terminó ayudando en su reconstrucción, luego de haberlo destruido. Mac Arthur nunca perdió de vista sus objetivos: limitar el poder del ejército japonés enfocándose en lograr la instauración de un gobierno democrático, desde la visión occidental.

De 1945 a 1951, la presencia de Mac Arthur influyó drásticamente en la cultura nipona, luego de reducir la imagen y el papel del Emperador Hirohito, que en 1946 se vio obligado a realizar una declaración —el *ningen sengen* o *declaración de mi humanidad*—, en la que hacía pública su renuncia a todo poder divino.<sup>1</sup> Así, el lejano Oriente empezaba a formar parte de Occidente, de la zona de influencia americana y a convertirse en uno de los principales bastiones de contención para la China comunista que emergía lentamente.

En contraste con lo sucedido tras la caída de la Cortina de Hierro, cuando nadie previó ayuda para los recién liberados, el 5 de junio de 1947 fue anunciado el Programa de Reconstrucción Europeo, mejor conocido como Plan Marshall,<sup>2</sup> que benefició a países como Italia, Portugal, Inglaterra y Alemania con la eliminación de aranceles y la creación de instituciones que coordinarían la economía.<sup>3</sup> Se estima que el gobierno estadounidense destinó 13 mil millones de dólares a esta reconstrucción.

El Plan Marshall tenía un objetivo doble: recuperar la economía europea y consolidar su idea de democracia mediante la instauración de regímenes democráticos. Los alemanes fueron los primeros que por la noche rezaban por la unificación y por el día construían el muro más alto.

<sup>1</sup> Discurso del emperador Hiroito. Imperial Rescript on National Revitalization (Declaración de mi humanidad). Disponible en línea: <http://www.chukai.ne.jp/~masago/ningen.htm>, 1 de enero de 1946.

<sup>2</sup> El Plan desarrollado por el entonces secretario de estado norteamericano George Marshall fue rechazado por la Unión Soviética al considerarlo un instrumento más del imperialismo y la hegemonía americana.

<sup>3</sup> El FMI fue planteado en 1944 en Bretton Woods con el objetivo de establecer un marco de cooperación económica destinado a evitar que se repitieran las desastrosas políticas económicas que contribuyeron a provocar la Gran Depresión de la década de 1930. El Banco Mundial, creado en el mismo año, tenía la premisa de promover la reconstrucción de posguerra y lograr el desarrollo.



Noviembre de 1989, "libertad para transitar"

Como bien ha señalado Raymond Aron,<sup>4</sup> las guerras pueden ser errores diplomáticos o parte de la diplomacia, la Gran Guerra<sup>5</sup> fue para Estados Unidos la mejor estrategia para posicionarse como eje rector en Europa y el Noreste de Asia.<sup>6</sup>

Al desvincular al emperador Hirohito de las atrocidades niponas bajo la premisa de controlarlos, fomentar la reconstrucción y la democratización japonesa, y lograr la instauración del Plan Marshall, Occidente demostró la inteligencia de un mundo que todavía no estaba sepultado en la ganancia barata y la razón moral del "todo se vale".

Tras la caída del muro de Berlín, este lado del mundo creyó que había ganado la mayor guerra de la Historia, y se enfocó en organizar la reconstrucción de la zona

<sup>4</sup> Filósofo francés que basa su análisis en la objetividad histórica.

<sup>5</sup> Se denomina Gran Guerra al tiempo que comprende la Primera Guerra y Segunda Guerra, y el periodo entre guerras.

<sup>6</sup> Raymond Aron, *Escritos políticos*, pp. 374.

atlántica, sin embargo, en los albores del siglo XXI no contempló un plan que evitara ser objeto del odio colectivo de los sin dios, sin país, sin frontera y sin historia.

El mundo asumió que la sinergia del mercado nos haría libres, con la nueva configuración geográfica y con la libertad de mercado como estandarte político, nació la globalización. Pero nadie quiso ver que la semilla de la versión había germinado en los terrenos de la globalidad, que el espejo de la integración en los países desarrollados se había roto y que las escuelas de odio habían graduado a su primera generación.

Estados Unidos no tuvo la capacidad de prospectiva; el conocimiento y análisis de la historia quedó de lado. J. Vázquez tenía razón al mencionar que “el ser humano centra más su atención en *aquello* que sucedió, y no en *por qué* sucedió”. Es una dicotomía de costos por resultados.<sup>7</sup>

Vietnam se encontraba bajo la influencia soviética y en 1973 Estados Unidos lo invadió con la intención de contener el avance de la URSS hacia el sudeste de Asia. En su lucha perdió no sólo vidas humanas, sino prestigio, voluntad y unidad política. En esa guerra, los perdedores fueron muchos, ganadores sólo uno: el comunismo.

En la guerra Oriente-Occidente, durante la Guerra Fría, los países musulmanes fueron el gran alfil estratégi-

co de la Unión Soviética y, a pesar de ello, Estados Unidos no previó el caos en el que ahora está sumergido.

En 1979 el gobierno estadounidense intentó repetir una misión que ya le había dejado amargos resultados en Vietnam: sujetar la expansión del comunismo en la zona oriente vía Afganistán. Ofreciendo ayuda militar y económica a las milicias musulmanas que se enfrentaban al ejército soviético, Estados Unidos creó un sistema de lucha local donde los insurrectos fundamentalistas islámicos, talibanes y muyahidines fueron los protagonistas y la principal arma de Occidente en la región.

¿Será desde entonces que, sin saberlo ni quererlo, la nación norteamericana comenzaba a adiestrar al que hoy es el hombre más buscado del planeta? Osama bin Laden encontró en todo el entrenamiento y preparación que la CIA había hecho en Afganistán el mejor camino para iniciar la Guerra Santa.

Recientemente fue estrenada en Estados Unidos *La guerra de Charlie Wilson*, película que explica perfectamente cómo se conjugaron los elementos que llevaron a Estados Unidos a descubrir y padecer las consecuencias de entrenar muyahidines en Afganistán.

Charlie Wilson, congresista demócrata de Texas, convenció al presidente y *speaker* de la Cámara, sobre la importancia de liberar a los afganos y llevarlos a Pakistán y ser entrenados por la CIA. Wilson, al final, consigue aumentar de 5 a mil millones de dólares el presupuesto de es-

<sup>7</sup> J.A. Vázquez, *Relaciones Internacionales: El conocimiento de los clásicos*, Editorial Limusa, México, 2002, p. 191.



Miles de berlineses saltan el muro, 1989



Un grupo de turistas sube a un autobús para mirar al otro lado del recién construido muro de Berlín, 1961

tinado a operaciones encubiertas, pero fracasa en su intento por financiar —con un millón de dólares— la educación de los afganos al concluir la guerra, dejándola en manos de los integristas, las madrasas radicales y todos los que hoy hacen llorar a Occidente lágrimas de sangre.

Estados Unidos no fue capaz de prever lo que pasaría en su afán de frenar el comunismo soviético. En 1989 por ejemplo, ignoró las lecciones básicas de estrategia política que le había dejado su pasado.

Pareciera que sólo ha considerado el lema “el enemigo de mi enemigo es mi amigo” dejando al descubierto su inmadurez política —y su egoísmo e incapacidad por entender a los demás países—, generando a la postre un sentimiento de odio ciego en su contra.

Pese a las dificultades prácticas y teóricas presentadas a principios de la década de 1990, el capitalismo y la democracia se implantaron de forma inexorable en las ex repúblicas soviéticas y el resto de los países de Europa del Este. A finales del siglo xx, la mayor parte de los habitantes de esos países vivían peor que antes del cambio de régimen; la producción disminuyó 20 por ciento entre 1989 y 1993. Es hasta ahora, que la Unión Europea pone su mirada en los países del Este inyectándoles capital para hacerlos competitivos y aptos para formar parte de la comunidad europea.

Mientras tanto, Occidente dejó y olvidó poner atención a otros países comunistas, que sin decir nada, iban creciendo y pidiendo a la carta el manjar del que ahora se alimentan.

Los defensores del capitalismo tratan de justificar el derrumbe del comunismo mediante la implementación del modelo occidental de libre mercado, economía abierta y democracia, tratando de encubrir lo que ellos mismos causaron al ofrecer a las potencias imperialistas (China, Vietnam, Cuba) las políticas occidentales.

Desde finales de la década de 1960, el mundo occidental se equivocó de enemigo. La cara visible del comunismo era Moscú y su fuerza era Europa. Más peligrosos que los misiles ss20 con cabezas nucleares soviéticas, eran las condiciones de esclavitud de los países asiáticos liberados por China y enemigos de Moscú, que no tenían ningún reclamo social interno que atender. El día que cayó el muro, Occidente le hizo ganar la batalla a China y producir el verdadero triunfo del comunismo.

Los líderes comunistas asiáticos saben que no es más rico quien más tiene, sino quien menos necesita. La cosecha de arroz es el arma nuclear definitiva de los comunistas asiáticos.

Si ellos hubieran previsto que traería el colapso de la URSS como timón del eje comunista, con resultados polí-





Una alumna de una escuela de Berlín occidental desconcha el muro, 1989

ticos e ideológicos que hoy podemos medir en la imparable China, habrían tomado distintas decisiones en muchos aspectos.<sup>8</sup>

El mundo desarrollado desperdició la oportunidad social, política y económica de canalizar su mercado hacia los recién liberados países del Este europeo, y su codicia los llevó a sitios que ofrecían mayores ganancias a cambio de condiciones de esclavitud, como China y Vietnam, estandartes del comunismo contra el que tanto había luchado.

El costo manufacturero en estos países equivale a la quinta parte de lo que costaría en Europa o Estados Unidos. Además, los gastos de operación pueden reducirse hasta 15 por ciento anualmente y crecer sus utilidades hasta 30 por ciento. En consecuencia, miles de empresas multinacionales, incluyendo más de 460 de las 500 de *Fortune*, operan actualmente en China.<sup>9</sup>

Tras la muerte de Mao Zedong en 1976, China dio un enorme paso hacia una política de reforma y apertura al exterior —dirigida por Deng Xiaoping. Con estas modificaciones inició la gradual liberalización de precios y la descentralización fiscal, a cambio el gobierno chino supo dar un golpe de timón y girar su política económica abriendo su país a las inversiones, convirtiendo a las grandes multinacionales en socios. De esta manera el Partido Comunista Chino financió el desarrollo de infraestructura y la base industrial que resultaba urgente.

<sup>8</sup> Jean-Philippe Di ves, *El libro negro del comunismo. Una operación preventiva de guerra ideológica*. Disponible en línea: <http://www.herramienta.com.ar/vari0s/10/10-7.htm>

<sup>9</sup> Jymmy Hexter, “Bringing best practice to China”, *The McKinsey Quarterly*, 2007.

Para el mercado se trataba de un paraíso irresistible para las empresas: más de 1,300 millones de habitantes, todos con necesidades de consumo, todos dispuestos —por voluntad o imperiosa necesidad— a insertarse al estricto nuevo régimen: trabajar-comprar.

¿Por qué Vietnam puede competir?, ¿por qué China puede ganar? Sencillamente porque ni los chinos, ni los vietnamitas tenían ninguna esperanza de tener derechos desde principios del siglo xx.

Laos, China, Vietnam, Corea del Norte y Cuba son los únicos países que conservan este sistema de gobierno, denominado por el sociólogo y político alemán Heinz Dieterich Steffan como socialismo del siglo xxi, que se sustenta en fomentar el desarrollo democrático, la economía equivalente y la democracia participativa.

Sin embargo, nada de esto ocurre, incluso el Banco Mundial ha reconocido que el desarrollo de la industria asiática deriva de la alta intervención estatal en la economía y que, el éxito económico radica en su orientación de libre mercado pero en ningún caso apunta hacia una transición democrática, por el contrario, estas naciones tienen un potencial económico y militar mucho mayor que el que tuvieron sus antecesores.<sup>10</sup>

La presencia extranjera ha sido de vital importancia para la economía china, que desde 1980 ha incrementado 9 por ciento anual su presencia, más de mil millones de dólares que entran al país son producto de la inversión directa. Por ello se estima que en 2008 el gigante asiático ocupará el tercer lugar en las exportaciones mundiales.

Los líderes chinos saben, después de descubrir la importancia del comercio internacional, que no pueden seguir enfrascados en una política de ensimismamiento y han sugerido la posibilidad de ser más democráticos, no obstante existen aspectos que no modificarán, “ellos quieren que la democracia pertenezca al partido y no a la gente que se puede llegar a oponer al partido”.<sup>11</sup>

El éxito del modelo chino es que no es un modelo ni económico, ni social, sino militar. China es el estandarte de una religión política: el comunismo. Sin embargo, se presenta un nuevo reto: involucrar a las nuevas generaciones al comunismo. Para los jóvenes, el comunismo es más una creencia que una postura ideológica, nacen comunistas, se asumen como tales, pero no se interesan por ello, están más interesados en las nuevas tecnologías, ninguno de ellos considera que el marxismo brindará guías o lecciones útiles para el futuro político chino.

El sistema educativo chino, por ejemplo, estipula impartir lecciones sobre marxismo, leninismo, Mao

<sup>10</sup> Azar Gat, “El regreso de las grandes potencias autoritarias”, *Foreign Affairs* en español, octubre-diciembre 2007.

<sup>11</sup> *The New York Times*, “In China, talk of democracy is simple that”, 20 de abril de 2007.

Zedong, etcétera, sin embargo, los alumnos no lo encuentran interesante: “No importa quien imparta la clase, siempre es aburrida (...) somos comunistas, pero no elegimos serlo”.<sup>12</sup>

Lo mismo sucede en países como Vietnam. La nueva sociedad, joven y urbana, no cuestiona al Estado y el poder del Partido Comunista, se limita a disfrutar de la liberalización económica rendida ante el dios mercado.

Vietnam, con más de 85 millones de habitantes, también ha sorprendido al mundo con el rápido crecimiento de su economía en los últimos veinte años. Hasta antes de la crisis financiera asiática, Vietnam registró un crecimiento de nueve por ciento anual, y después, consiguió recuperar su economía. A partir de 2005 las cosas cambiaron en su beneficio reportando un crecimiento de más de 8 por ciento.

Corea del Norte, en cambio, no goza de los mismos beneficios de sus vecinos, ya que tiene un régimen autoritario que no permitió la apertura económica hacia el libre mercado, por ello su economía se encuentra en estado crítico y su población subsiste gracias a la ayuda de China y Corea del Sur.

China en cambio, es el mejor ejemplo de triunfo de esta nueva cara del comunismo. En las calles chinas circula un chiste: dos hombres, un estadounidense y un chino, circulan en una autopista, el estadounidense sugiere a su compañero virar a la derecha, el chino accede, pero a condición de encender las direccionales hacia la izquierda, eso es China hoy.

Las exportaciones chinas desde 1990 han crecido treinta y uno por ciento. En 2001 el fenómeno expansionista del dragón asiático se consolidaba, logrando integrarse a la Organización Mundial de Comercio (OMC), una institución asentada en los principios capitalistas.

Fueron las potencias occidentales quienes al fomentar el ingreso de China, al juego de la economía mundial firmaron su propia devastación económica. La producción económica que realizan más de 1,321 millones de habitantes viste, comunica y entretiene a varias de las economías globales más grandes del mundo.

La clase trabajadora de Occidente está totalmente perdida. Se ha convertido en la clase consumidora que no se pregunta de dónde viene lo que compra. La cultura del mercado ha destruido la cultura del sacrificio y la gente no acaba de darse cuenta de la importancia de que los productos chinos signifiquen el 21 por ciento del consumo en Estados Unidos, 16 por ciento en Hong Kong, y 9.5 por ciento en Japón y México.

Hoy el mundo depende industrialmente del gigante milenar. Esa dependencia no solamente ha llevado a la destrucción de las fábricas occidentales, sino a la de una cultura laboral.

Según la Organización Internacional del Trabajo, el número de desempleados en el mundo alcanzó 189.9 millones a finales de 2007, sin embargo, esta pérdida no tuvo efecto en Asia, donde el empleo crece al ritmo de su economía.

El año pasado el sur de Asia fue el que más empleos generó en el mundo: 28 de los 45 millones de puestos de trabajo creados.

El traslado de empresas y manufactureras occidentales a países como China ha causado la destrucción de miles de empleos. La rama textil francesa, por ejemplo, sólo emplea a 150 mil trabajadores, hace tres décadas empleaba a un millón.

En ese mismo país, 200 mil empleos en el sector servicios —de los cuales 90 mil corresponden a servicios corporativos y 20 mil a investigación y desarrollo— han sido amenazados con ser transferidos a la región asiática en el año 2010.

China ya no sólo es el campo agrícola más grande del mundo, donde se concentra el 45 por ciento de su fuerza laboral, sino que ha diversificado su producción y ahora no sólo alimenta, sino también viste, entretiene y crea productos sofisticados y de tecnología, donde las manufacturas y el sector automotriz han tenido gran importancia.

Mientras que en Estados Unidos el sector automotriz ha sido especialmente afectado en los últimos años, General Motors planea recortar 34 mil plazas y el cierre de una docena de plantas para generar un ahorro de 9 mil millones en operaciones, en 2007 lideró la venta de vehículos en China.

Occidente no se percató de que China ha tratado de usar su creciente poder e influencia para rediseñar las

<sup>12</sup> *Los Angeles Times*, “Marx loses currency in new China”, 26 de junio de 2007.

Hace veinte años pocos podían imaginar que la caída del muro de la vergüenza vendría aparejada con el triunfo del sistema comunista.

reglas y las instituciones del sistema internacional para servir a sus propios intereses.<sup>13</sup> Estados Unidos ha empezado a ver a China como una fuerte amenaza a su seguridad nacional y estabilidad económica; si bien antes impulsó su economía, ahora le demanda cumplir con el pago de aranceles y el respeto de leyes comerciales, pero sin mucho éxito. Nadie puede competir con el dragón asiático que día a día se va comiendo los mercados ante la impotencia de los occidentales.

En este juego, los únicos que no han sido beneficiados por la magia de la apertura son los chinos, al menos, no en su mayoría. Si bien en 2005 las fortunas combinadas de las 100 personas chinas más ricas superaron los 41 mil millones de dólares, más de 60 por ciento de la población no tiene oportunidad de vivir en las ciudades.

Contrario a lo que sucede en la India, donde la clase media pasará de 50 millones a 583 entre 2005 y 2025, en China la clase media no existe y la mayor parte de la población es rural y gana 40 por ciento menos que el promedio nacional.

La ganancia ha sido a doble mano, pero los beneficios se han quedado en manos del gobierno pekinés y multinacionales como la industria automotriz. El beneficio más directo de este intercambio comercial ha sido para el gobierno chino, ya que ha demostrado que bajo su régimen dual —economía abierta y política cerrada—, ha conseguido convertir a China en la tercera nación comercializadora más grande en términos del dólar, después de Estados Unidos y Alemania y justo antes de Japón.

<sup>13</sup> John Ikenberry, "The Rise of China and the Future of the West", *Foreign Affairs*, January/February, 2008.



Berlínenses derriban el muro, 1989

Como todo el mundo, los europeos están fascinados con el ascenso de China y su potencial para transformar el sistema internacional, especialmente en materia económica. El sueño europeo se concentra en las oportunidades que representa el mercado de la nación asiática para la economía propia y de la Unión en general, por ello se perfila como su mayor socio comercial.

Este sueño es protagonizado y configurado por los ejecutivos e inversionistas europeos que anhelan ese vasto mercado, sin que hasta la fecha hayan manifestado preocupación porque la relación con el gigante asiático se extienda a otras áreas más "políticas", como el cambio climático, los derechos humanos, Irán, la energía, los satélites y la venta de armas.<sup>14</sup>

La intervención gubernamental en los países con doctrina comunista ha sido el elemento clave para lograr estos resultados económicos, por ejemplo, el gobierno de Vietnam se basa en el poder que el Partido Comunista ejerce en la organización del Estado, controlando la mitad de la economía, sin embargo, su mayor legado es el poder que sigue teniendo en casi todos los aspectos de la vida.

Occidente creyó haber ganado, y en el alba de este siglo lo sigue haciendo. No pudo imaginar que las reglas del sistema capitalista, que tanto defiende y predica, fueran los medios que la reestructuración china utilizara para enriquecerse y continuar fortaleciendo al comunismo.

Lo que no obtuvo la amenaza nuclear lo ha conseguido la destrucción masiva de los sistemas de producción industrial. Cada vez es más frecuente que los productos de consumo sean *Made in China*, la ecuación menor precio /mayor cantidad se ha convertido en el eje rector de los mercados mundiales, posicionándose como la estafeta del comercio emergente.

China produce más barato e impresiona al mundo con su industrialización, su crecimiento económico y su configuración como posible contrapeso en la carrera por la hegemonía mundial, todo ello sin haber tenido que alinearse al estatus occidental, por el contrario, Occidente en diversas ocasiones ha tenido que ajustarse a la dinámica del dragón asiático.

En 1989 cuando cayó el muro, el mundo capitalista marcó su final al dejar a los países de Europa del Este solos frente a la voracidad del mercado, estableciendo con ello las bases del éxito comunista.

Los gobiernos comunistas se han enfocado en mostrar que su modelo funciona. ¿Qué precio tendrá que pagar el mundo por ello? **U**

<sup>14</sup> Marcin Zaborowski, "Facing China's Rise: Guidelines for an EU Strategy", *Foreign Affairs*, febrero de 2007.

Investigación: Mariajulia Martínez Acosta y Cristina López Santillán.  
Edición: Alma Delia Fuentes.